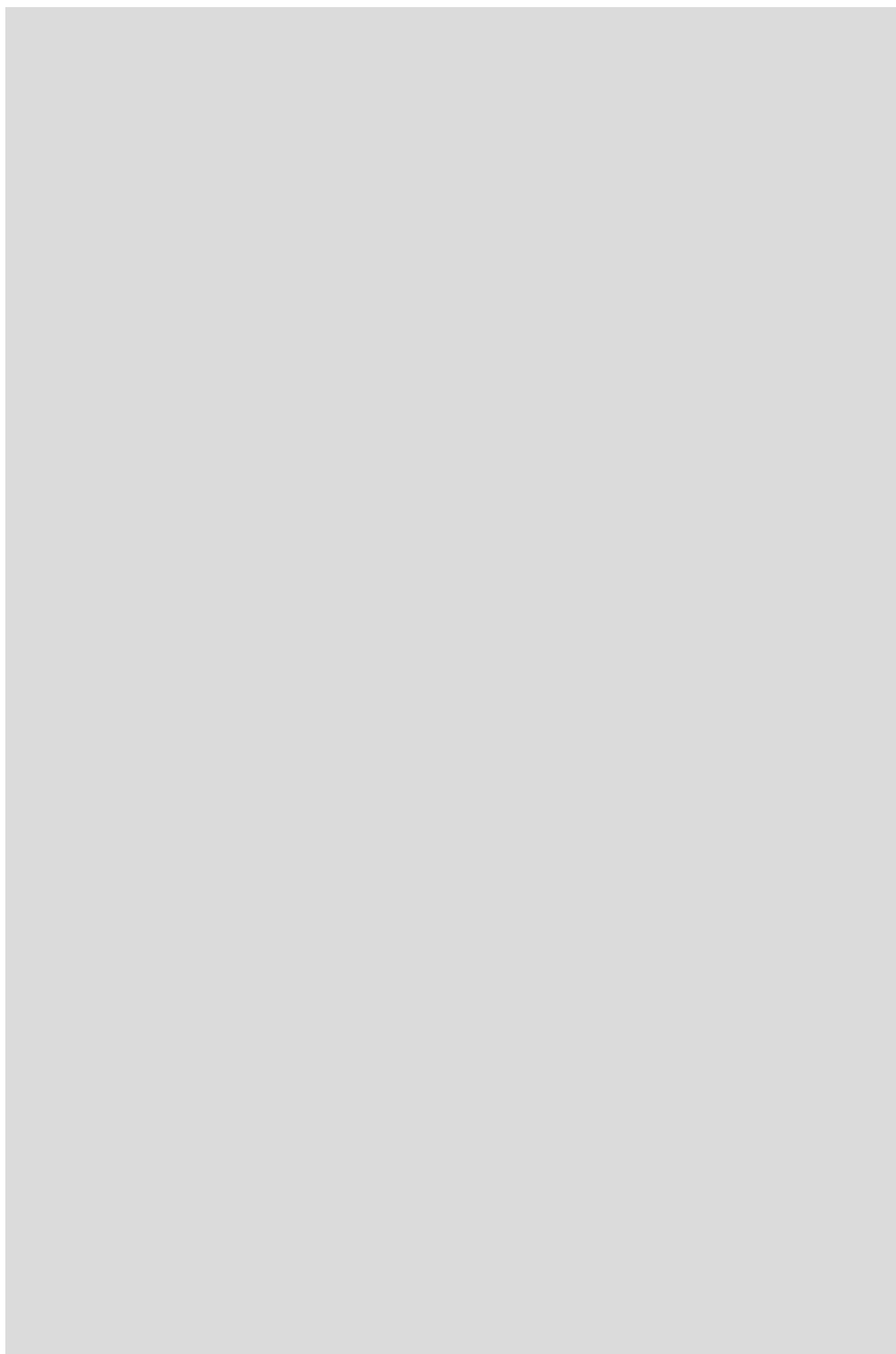


Lo que no te mata...

Gabriel Colipán Martínez



Capítulo 1

El viento le revolvía el cabello y la relajaba a pesar de su profundo nerviosismo. Miró hacia abajo y notó cómo los autos parecían pequeñas cajas de cerillas que se movían lentamente de un lado a otro. El brillo del sol y del cielo se reflejaba en los enormes ventanales de los edificios frente a ella, haciéndolos parecer titanes brillantes y morbosos que esperaban a que lo hiciera.

Se acomodó el cabello detrás de la oreja y suspiró profundamente. Miró hacia el firmamento celestino y observó cómo las nubes se suspendían, tan blancas como siempre.

—Ya estoy aquí —susurró desde la azotea.

Tenía los ojos enrojecidos y las piernas cansadas tras subir aquella cantidad de escaleras.

—¿Y ahora qué? —preguntó a los edificios que la observaban.

¿Cuántas probabilidades habían de que alguien la hubiera visto y que, en ese preciso momento, estuviera corriendo a salvarla?

—Ninguna —se contestó en un susurro. Sabía que tenía todo el tiempo del mundo para dar el paso que acabaría con todo.

—¿Qué te detiene? —le preguntó una voz masculina a su lado.

Reconoció la voz de su hermano mayor, por lo que giró su cabeza lentamente, agradecida de que estuviera ahí con ella.

—Nada —masculló tras un suspiro.

—¿Por qué decidiste hacer esto?

—Porque nada me llena —dijo al tiempo que miraba hacia los automóviles bajo sus pies con una intranquilidad que la inundaba en una emoción extraña, pero fascinante.

—De seguro debe haber algo —dijo su hermano, quien enseguida se sentó en la orilla del edificio para después mirar al cielo.

—No hay nada —espetó sin moverse. Estaba decidida a que, si se movía, sería para saltar.

—Te conozco, chica. No eres de pensar tan... poco.

Asintió tristemente.

—No me siento feliz. Me siento...

—¿Vacía?

—Sí. Creo que...

Después de unos segundos de silencio, él habló:

—Sé lo que se siente, hermanita. Estar tan centrada en imaginar un mundo mejor para escapar del mundo real puede ser... difícil.

—Siento que no puedo enfrentarme a eso —dijo y señaló a los centelleantes edificios.

—¿Y crees que sería mejor estar en tu cabeza imaginando que corres en un prado de colores?

—No —respondió cabizbaja—. Ya... ya no sé qué quiero... ya no sé qué es real. A veces amanezco y lo primero que pienso en la mañana es que quiero volver a mis sueños, ¿es eso normal?

—Nada es normal si lo piensas —respondió su hermano sentado en la cornisa de hormigón.

—Eso no me ayuda —comentó mirando las nubes.

—Nada lo hará.

Una brisa helada pasó por encima del edificio, envolviéndolos a ambos. Sin embargo, ninguno de ellos se inmutó, salvo por el cabello de la chica, el cual se onduló brevemente detrás de su oreja.

—Vamos, dime —insistió el chico—. Te hará bien contarme qué sucede.

—Está bien —dijo después de un largo suspiro—. Hace mucho tiempo que me siento así. Te prometo que intenté de todo, pero nada ha logrado hacerme sentir bien.

—Te creo.

—Empecé a trabajar en este supermercado y... era tan rutinario, tan vacío... que empecé a imaginar historias en mi cabeza mientras la gente me daba las cosas que compraba para meterlas en las bolsas. Había veces en que se acercaban a hablarme y me veía forzada a pausar mis cuentos.

No me importaba lo que me dijeran, yo solo esperaba a que se callaran para poder continuar mis relatos. No tardé en darme cuenta de que mi cabeza era mucho mejor que la realidad en que vivía. Me... me terminé perdiendo y... no quiero vivir en este mundo. Quiero vivir en mi cabeza... por siempre; en el único lugar donde tendré el control que quise tener acá durante toda mi vida. —Terminó, mirando cómo un hombre salía de su carro para golpear el portaequipaje del auto de adelante, el cual se había detenido torpemente para dejar a un impertinente chico cruzar la calle.

—¿Qué cosas imaginabas? —preguntó el joven en cuanto la chica dejó de hablar.

—Tonterías: animales que podían viajar en el tiempo y que accidentalmente cambiaban el rumbo de la historia, familias que iban en busca del extremo más lejano del arcoíris y que encontraba un monstruo enorme al cual tenían que enfrentar, puertas misteriosas que aparecían en lugares aleatorios en una ciudad que, al final, era un lugar con un alto grado de presión temporal...

—Y... ¿nunca pensaste en escribir esas historias?

—¿Para qué? ¿para que nadie las lea?

—Estoy seguro de que hubiera existido gente dispuesta a leer semejantes historias. Yo lo hubiera hecho.

—Tú no cuentas, estás muerto.

—Sí —asintió, sin ver ofensa en el comentario—, pero de todas formas hubiera encontrado la forma de hacerlo.

—¿Los muertos pueden leer?

—Podemos hacer muchas cosas. Tarde o temprano te darás cuenta de ello.

La joven asintió y miró nuevamente hacia los hombres que discutían al borde de los golpes, a los pies del edificio.

—¿Qué tan temprano? —preguntó al fin.

—Bastante.

Otra brisa le removió el cabello y, luego de ajustárselo una última vez, la chica dejó caer suavemente sus glúteos hacia el concreto y se sentó al lado de su hermano.

—¿Vale la pena morir? —le preguntó al chico a su lado.

—No te puedo responder eso, hermanita. —Tras ver el rostro reflexivo de su hermana pequeña, masculló—: Lo siento.

—¿Y si publico un libro —preguntó haciendo caso omiso a la disculpa de su hermano—, me sentiría bien conmigo misma?

—Preguntas que sigo sin poder responder. Quizás sí... aunque... ya no importa.

—¿Por qué?

—Porque ya saltaste, hermanita.

Otra brisa, pero esta no le revolvió el cabello.

—Aún estoy aquí contigo, ¿de qué hablas? —Lo observó. Esperaba alguna mueca de broma en su rostro.

—Que ya saltaste. Ya no importa lo que hagas. Ya acabaste con todo.

Miró dubitativa hacia abajo, entremedio de sus pies. Contrario a lo que esperaba, su cuerpo no estaba reventado encima del pavimento.

—¿Y dónde estoy?

—Aquí —sonrió su hermano.

—No, allá abajo. Si ya salté, ¿no debería estar allá abajo?

—Oh... es cierto. Quizás aún no aceptas que saltaste.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Hermana, te conozco y sé que eso de encerrarte en tu cabeza para escapar de este mundo de mierda puede ser una de las razones por la que te suicidaste, pero no puede ser la única. Ali, ¿qué sucedió? ¿por qué estoy aquí contigo?

Guardó silencio mientras veía cómo ambos hombres se botaban al suelo y se lanzaban puñetazos ridículos al tiempo que tres personas se acercaban para separarlos.

—¿Por qué lo hiciste? —giró su cabeza hacia el chico.

—¿Qué cosa? —respondió este con una mueca curiosa en el rostro.

—Ya sabes...

—Quiero oírte decirlo.

—¿Por qué... por qué dejaste la carta? —Al fin se había armado de valor para preguntarle.

—Siempre me gustó lo dramático —respondió con una sonrisa y ojos tristes, como pidiendo perdón.

—Esa no es excusa.

—¿Sabes? —empezó de inmediato como si ya hubiese sabido qué responder hacía ya mucho tiempo—. Lo pensé mucho. Sabía que, si escribía la carta y se las enviaba, se pondrían tristes y se culparían por mi muerte, y también sabía que, si no hacía nada, nunca sabrían por qué lo hice.

—No necesitábamos saber que nos odiaste en vida —se oyó decirle con un tono de voz que denotaba tristeza y un poco de agresividad.

—No... —suspiró— no los odié. Es solo que... Ali, me juzgaron cuando les conté de mi homosexualidad y... no me hablaron en dos semanas. Luego de eso solo habían miradas extrañas...

—Yo te hablé.

—Lo sé, pero... papá y mamá, no, y eso me dolió. Me sentí despreciado y... pensé que, si mis padres no me querían, entonces nadie lo haría.

—Yo te quería.

—Ali, en serio no fue tu culpa.

—En tu carta parecía que sí, nos mencionaste a todos.

El chico suspiró agotado.

—Pobre elección de palabras, lo siento. Fue un error referirme a ellos como 'familia'. Estaba tan seguro de que no te sentirías por aludida que ignoré cómo interpretarías el concepto.

—Eso explica por qué no me mencionaste. —Ahora los hombres se subían a sus respectivos carros para luego doblar lentamente en la esquina—. Te

extrañaron, ¿sabes? Lloraron tu muerte. ¿Eso querías?

—No... no quería que... iugh! —exclamó empuñando las manos—. No lo hice por venganza, ¿sí? Lo hice por desahogo, para morir tranquilo, en paz.

—¿Y lo estás?

Su hermano desvió la mirada a los edificios en un suspiro lastimero, pero al momento de encontrarse con ellos, miró hacia abajo en un gesto incómodo. Al parecer, los cristales resplandecientes no solo deslumbraban a Ali.

—No quieres saber la respuesta a esa pregunta.

—La verdad es que no, pero no importa —suspiró y miró a las nubes—. Ya estás muerto y si lo que dices es cierto, yo también.

El chico asintió.

—Lo si...

—Fue por ti —interrumpió la chica, ignorando la disculpa incipiente de su hermano y respondiendo al fin su pregunta—. Tu muerte me dejó vacía. Eras la única persona en quien confiaba y un día te fuiste para no volver. Con tu muerte me di cuenta de que estamos en un mundo asqueroso. Si mis padres eran así de prejuiciosos y estúpidos, entonces ¿qué más me quedaba esperar de los demás?

—Escuch...

—Eras mi único amigo en el mundo —continuó. Tras haberlo escuchado, al fin sabía cómo ella se sentía realmente—, un amigo de verdad. Y cuando te fuiste, nuestros padres empezaron a discutir tanto que no me quedó más remedio que empezar a solucionar mis problemas por mí misma. Fue tanta la necesidad de tener a alguien con quien relacionarme tan profundamente como lo hacía contigo, que empecé a imaginarme los problemas de los demás y cómo los solucionaban, buscando apoyo en problemas de personas que no existían. De a poco, esos pensamientos se intensificaron y empezaron a transformarse en historias surreales, las cuales seguían siendo una ayuda para mí.

—Ali...

—De un momento a otro, me vi almorzando en la mesa con nuestros padres, pero en realidad no estaba allí. En realidad estaba imaginándome a un niño ansioso por salir a jugar a la calle con sus amigos, o a una mujer fumándose un cigarrillo en el porche de su casa. Al final, nada me

era emocionante, nada valía la pena vivir si no era producto de mi cabeza. Dependía de ti... y me traicionaste.

No había ira ni decepción en su mirada, solo tristeza.

—Pero... tú tenías tus propios problemas —siguió con su mirada fija en los edificios que tenía enfrente. El cielo seguía encendiéndolos en un reflejo azulado que vaticinaba un sentimiento inevitable—... problemas que nunca hubiese podido llegar a entender. Te perdono, hermano —pronunció cabizbaja—. Te perdono porque mereces morir en paz.

Su hermano le sonrió, agradecido.

—Ahora entiendo por qué hice esto —continuó tras recibir la sonrisa del joven sentado a su lado.

—¿Por qué? —preguntó él, acongojado. A pesar de haber sido perdonado por la única persona que había abandonado en el mundo, no pudo evitar sentir cómo una parte de él empezaba a entristecerse aún más; el momento se acercaba y él, muy irónicamente, no estaba preparado para el abandono.

—Para liberarme de mi familia, de ti, de mi mente —levantó su mirada hacia los edificios—, de esta realidad. —En cuanto acabó, el brillo acosador de los ventanales se apagó. Como si el sol se hubiera movido de lugar, ahora los cristales solo reflejaban imágenes inertes.

Acto seguido, se hincó sobre sus muslos para erguirse y mirar hacia abajo.

—La única manera de salir de aquí es entrando allá abajo.

—Ali... —El muchacho seguía sentado—. Me encantaría decirte que no lo hagas...

—... pero ya está hecho —asintió su hermana.

—Nuestros padres sufrirán por tu muerte mucho más de lo que sufrieron por la mía.

—Te equivocas. Gracias a nosotros sufrirán el doble... —dijo y miró a las nubes una última vez. Luego, extendió sus brazos y cerró los ojos— quizás aprendan algo de esto.

El muchacho se reincorporó y se acercó a ella.

—Por un mundo mejor —dijo con una sonrisa débil.

—Por un mundo mejor —repitió ella y se inclinó hacia delante, abrazando el aire que le empezó a remover lentamente el cabello, la piel y la ropa.